

**Gloria**  
ANDRÉS FELIPE SOLANO



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © ANDRÉS FELIPE SOLANO, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada

GARRY WINOGRAND, *Sin título* (detalle), ca. 1970

© HEREDEROS DE GARRY WINOGRAND,

cortesía de Fraenkel Gallery, San Francisco

El encuadre de la fotografía ha sido autorizado por los herederos

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2023

América, 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-19261-27-4

Depósito legal: M-24295-2022

Impreso en España

Nunca ha fumado y quizás nunca vaya a prender un cigarrillo, pero en esta tarde, que decido imaginar populosa y brillante, debería hacerlo, debería aprovechar la demora de su novio para aspirar despacio el humo, consciente de la marca de colorete en el filtro, ya un poco ovalado por la presión nerviosa de sus labios. Envuelta en esa pequeña nube azul plata la espera es menos agónica, más llevadera, como dicen de ciertas dolencias, porque es eso, una inquietud que descubrió en la mañana al despertarse antes de lo usual, cuando la luz se arrastraba débil por la ventana de su habitación y aún no se oían animales tumbando botellas en esa esquina de Queens. Al abrir los ojos incluso entró en el mundo esperanzada, sin espanto. Por lo general le toma un rato entender qué es eso de estar viva, un par de minutos en los que rompe las aguas del sueño temerosa, pero hoy es diferente, porque hoy es un hoy que debería durar para siempre, si es que al Tigre se le da la gana de aparecer. La inquietud, lejos de menguar, se convirtió en una punzada en el pecho a medida que han ido pasando las horas, bajo el chorro de la ducha, con la única tostada del desayuno crujiendo entre sus dientes, tras la llamada para convenir la cita, al punto de crecer incontenible cual mar de leva, expandiéndose a sus anchas, furiosa por todo su cuerpo. Así que lo mejor es que fume. Ahora bien, supongamos, porque también se trata de eso,

de suponer. Supongamos entonces que a él le desagrada el olor a nicotina en los pliegues de su blusa de pepas, en su pelo castaño claro, en sus pestañas enroscadas con la ayuda de un aparato comprado la semana anterior al salir de su turno en los laboratorios fotográficos, y para conjurar la molestia ella le ha propuesto un trato. Exacto, un trato a sabiendas de que jamás logrará cumplirlo. Está bien, no voy a fumar más si apareces a tiempo, le ha dicho. Una carcajada por respuesta, una carcajada como una lata de galletas vacía que rueda por unas largas escaleras. Eso y llegar tarde y un genio volátil y camisas de cuello ancho son los rasgos distintivos del Tigre, apodo que se ganó en una pelea legendaria, le contó mientras caminaban por Manhattan en uno de sus primeros encuentros. De hecho, así se le presentó meses atrás. Mucho gusto, el Tigre, le dijo sonriente y confiado en un parqueadero, casi que imitando a esos jóvenes pilotos de guerra que veía de niña en un cine de paredes húmedas en la pequeña ciudad donde nació. Y al hacerlo, al mencionar el apodo que ha pasado a ocupar el lugar de su nombre para siempre, el Tigre estiró su mano gruesa, blanca, de dedos velludos hacia su mano delgada, blanca, de dedos largos. Un minuto después estaban en la camioneta que los llevaría a las cataratas del Niágara. Pero eso fue a finales del otoño pasado y ahora estamos en una cafetería a mediados de la primavera de 1970, a las 4:25 p. m. y él nada que aparece. De un momento a otro se siente hastiada del humo, del olor, así como a veces, agotada de una playa o una montaña, le da la espalda sin remordimiento. Le sugiero que deje el cigarrillo a medias. Lo hace. Lo apaga despacio, con firmeza, sentada en una mesa al lado de un ventanal por el que ve la gente pasar, la mesa donde lleva esperándolo una

hora, quizás menos. La Ma-llor-qui-na, lee espaciando las sílabas en el borde del cenicero hexagonal antes de decirse, qué raro, jamás se ha demorado tanto. Ya casi una hora, quizás más. La semilla de ansiedad, descubierta en el centro de su pecho al salir de la cama, se ha transformado finalmente en una enredadera de palmas encendidas y taquicardia. Y no la ayuda en absoluto que ese viejo la haya estado mirando con descaro desde la esquina opuesta del local. ¿Dominicano?, ¿puertorriqueño?, ¿cubano? Será por la minifalda roja, pero cómo no ponérsela, es la que mejor le queda y ha aguardado semanas, meses, por ese día, por hoy.

Levanta el brazo derecho, aburrída lo había dejado balanceando debajo de la mesa, y mira de nuevo el reloj. Se lo regaló su madre una semana antes de tomar el avión a Estados Unidos. Es de las pocas cosas que trajo. En él ha depositado una fe extraña, una certeza común para otros, aunque no para ella. La fe de que sí la quiere, no importa que haga todo para demostrarle lo contrario. El primer y el peor de esos actos fue haberla mandado a un internado en la capital lleno de monjas varicosas a los siete años. El último, no haber ido al Aeropuerto El Dorado a despedirla. A ver: las 4:32 p. m. Si pudiera insultarlo lo haría, el problema es que los insultos con el Tigre no le salen, es como si los hubiera dejado guardados en un cajón y al abrirlo para usarlos ya no estuvieran allí. Se le aparece un cajón vacío, oloroso a polvo y aserrín, con un insecto muerto dentro, una mariquita que ha perdido el color, un cajón igual a los del cuarto para planchar en su enorme casa en Bogotá. Está lista para recordarla, para bajar las escaleras y sentir en su vientre el fantasma, es una casa con fantasma, para verse de reojo en el espejo

de cristal de roca de la sala, pasar por el comedor de ocho puestos, entrar a la cocina, atravesarla y salir al patio a saludar al tucán que un amigo de su madre trajo del Amazonas, pero antes de hacerlo se le atraviesa entera, se le impone esa preocupación tan particular que de tanto en tanto le surge desde que está en Nueva York. Porque hasta ahora solo le ha pasado en Nueva York, nunca en Misuri, donde vivió unos meses que creyó inolvidables y ya no lo son, no ante el rugido rotundo de la ciudad. De la única ciudad. El asunto es que le ha dado por creer que, de repente, sin previo aviso, se va a olvidar de algo simple, fundamental, leer las manecillas del reloj en momentos como este, en la cafetería La Mallorquina, mientras espera al Tigre, que nada que llega, carajo. O fritar un huevo. Su nombre. Esas cosas. Incluso la semana pasada sintió que se iba a despertar un día y se le habrá olvidado jugar ping-pong. Lo ha estado pensando y está segura de que en otro tiempo, en otro lugar, esa preocupación la aniquilaría. Le impediría moverse, subirse las medias veladas en las mañanas. Allí, en esas calles eléctricas donde la emoción hasta el temblor el desfile de taxis y los aullidos de la gente, jamás. Si el sacrificio para recorrerlas es olvidarlo todo y aprenderlo de nuevo, estoy dispuesta a aceptarlo. Se sorprende del aplomo con que lo dice. No sabía que se podía sentir aquello por una ciudad, desearla con tanta fuerza como ha empezado a hacerlo, aunque a lo mejor también se deba a que su madre no esté cerca y no solo al traqueteo musical de las plataformas del metro elevado, a las revistas escritas en ese nuevo idioma en el que ya es capaz de pensar una o dos veces al día, a las vitrinas de las tiendas que cambian cada semana como debería cambiar la vida, a los hombres y su belleza recién descubierta, a

su cheque puntual de los viernes y a su nueva adicción, la pizza. Qué comida más rara, tan simple y a la vez tan perfecta. En Bogotá nunca vio algo parecido, hamburguesas sí había comido en el Crem Helado de la Treinta y dos con sus hermanas; pizza, nunca. La probó por sugerencia de su casera y ahora solo cena pizza. De queso, con un toquecito de orégano, nada más. Ya la reconocen en John's, Grand Avenue con Haspel Street. La ven entrar y antes de sentarse en la barra le ponen su pedazo sobre una hoja de papel encerado. Ser joven en aquella ciudad, tener pactos con extraños, sonreírles, que le sonrían, odiarlos, que la odien. Veamos: las 4:39 p. m. ¡Las 4:40! Las manecillas parecen haber empezado a moverse a mayor velocidad. Calcula. Repasa las estaciones de metro hasta el Madison Square Garden. Ya se aprendió de memoria todas las de la línea F hasta el Midtown. En taxi ni soñarlo, a esa hora nunca llegarían a tiempo y les puede salir muy caro. El Tigre tiene que aparecer sí o sí en los próximos veinte minutos o no alcanzarán a entrar. Ni uno más. Y si no entran encontrará los insultos perdidos. O se inventará algunos si es necesario. Nuevos insultos inventados solo para el Tigre.

—Oiga, ¿y usted no tendría que estar haciendo fila?

La atropella una voz que oye casi a diario. En general, esa voz la calma, le da seguridad, es faro en un mar picado, pero no estaba preparada para oírla en la cafetería y mucho menos tan cerca. Amparo tiene la mala costumbre de hablarle a la gente pegándose a su cara. Por fortuna no tiene mal aliento. ¿Y a qué horas entró? De no haber perdido el día libre, las dos habrían caminado desde los laboratorios hasta el salón de belleza donde su compañera tiene turno de cinco a nueve. Dos trabajos, a veces tres si

se cuenta la gente que recibe los domingos en su casa. La madre de Amparo está en cama y por eso no puede ir esta noche al concierto. Viven las dos solas, espejos enfrentados que se replican hasta el infinito, en un apartamento por los lados del Aeropuerto La Guardia, lleno de carpetas bordadas sobre las mesas, oloroso a polvos baratos y babas secas, en el que estuvo hace dos semanas tomando chocolate, como si vivieran en un pueblo montañoso de Colombia y acabaran de salir de misa. La Sola, así la llama Carlota. Ehhh, ¿otra vez estás con la Sola? Empezó llamándola la Solitaria hasta que le pidió, en mitad de la avenida Roosevelt, que por favor no le dijera más así. Al oír el apodo no tardaba en imaginarse una tenia blanca, una solitaria, igual a la que le salió del recto a una de sus compañeras del internado en plena noche. La hija del Señor Presidente de la República, repetía fastidiosa la madre superiora cada vez que se refería a esa niña frágil y malencarada, toda huesos, una niña-garza de canción llanera. Recuerda que la acompañó al baño entre sollozos para que terminara de expulsar el bicho sin que las monjas se dieran cuenta y evitar la deshonra. Finalmente la cosa aquella escapó del inodoro y quedó tirada sobre las baldosas frías, retorciéndose bajo la luz de la luna. Ese es el tipo de recuerdos que tiene del internado al que la envió su madre. Parásitos intestinales y un miedo inexplicable a la bandera de Colombia. Si pasa al lado de una muy grande siente que la va a envolver y se la va a tragar entera.

—Estoy esperando al Tigre.

—Ah, el Tigre. Usted y su Tigrecito... —dice Amparo aún de pie.

En la mención a su novio hay un tono despectivo, incluso pendenciero. Cuando Amparo usa diminutivos, y



los usa a menudo, siempre hay un rastro cálido, aunque ahora no está por completo segura. Ha estado bastante arisca desde que le dijo en los casilleros que iría a verlo cantar, a Él. Mucha tonta, pensó en ese momento, mucha tonta se repite ahora, mientras le señala la silla que tiene al lado para que se siente. Si no lo hace, Amparo se quedará de pie hasta encanecer, es de aquellas que creen que ciertas formalidades ayudan a contener el derrumbe de una existencia. No la conoce a fondo, a lo mejor eso significa ser amigas del trabajo, no poder anticipar sus reacciones. Creyó que iba a sorprenderse de la misma forma en que lo hicieron sus hermanas cuando les contó desde una de las cabinas telefónicas de la estación de Jackson Heights. Su algarabía oyéndose al otro lado de la bocina no tardó en contagiarla y solo entonces comprendió la dimensión real de lo que iba a sucederle ese sábado, es decir hoy, 11 de abril de 1970. Ah, qué bueno, fue todo lo que le respondió Amparo en los casilleros.

Arrastra la silla que le ha señalado y se sienta con ganas de conversar al tiempo que se echa para atrás su melena pelirroja, que se achila con cada verano. Bajo la luz de las lámparas de los laboratorios no se ve tan golpeada, alguien podría calcularle mucho menos de los cuarenta años que tiene. Eso tampoco lo entiende Carlota, que se haya hecho amiga de una mujer que le dobla la edad. La cosa es que Amparo es leal como el eco.

—Mañana, ¿no? A las cuatro. Trate de pensar en algo que le gustara mucho y si puede tráigalo. Puede ser una comida, un traguito —dice Amparo.

—Sí, sí. Confirmado. Mañana.

El concierto había ocupado su cabeza los últimos días y no recordaba que mañana domingo quedó en ir de

nuevo a su casa para una sesión formal. No le había dicho a nadie lo que pretendía hacer, mucho menos a su madre cuando la llamó hace un par de días y eso que le soltó un hoy hace diecisiete años a su papá lo... Siempre se cortaba en ese punto, era incapaz de pronunciar el verbo más terrible de todos. Su amiga es vidente y le prometió hablar con su padre. La mamá de Amparo era bruja en Colombia, pero otra bruja más poderosa le hizo la guerra en los campos y ciudades y se tuvo que ir a vivir con su hija a Estados Unidos. La debilitó hasta dejarla postrada, aunque no pudo acabarla. Amparo heredó parte de sus poderes, entre ellos el de hablar con los muertos. Por eso fue a tomar chocolate caliente. Lejos de los oídos de sus compañeras, quería que le explicara en detalle cómo y cuándo se iba a comunicar con él, con su papá. ¿Es posible extrañarlo si lo enterraron cuando ella apenas tenía tres años? Sí, es posible. A veces un futuro que nunca tomó forma pesa más que cualquier pasado.

Amparo se queda viendo las colillas en el cenicero sin juzgarla y empieza a tararear una canción a modo de rama de olivo, de todo ha quedado olvidado, seamos amigas del trabajo otra vez. Arranca bajito y solo la reconoce cuando se impone a las conversaciones de las otras mesas. Es vieja, pero le gusta. Se une al tarareo y luego a la letra. Muy pronto las dos se encuentran cantando el tango oído al pasar de la mano de su madre viuda y tintineante de joyas frente a alguno de los cafetines de su infancia, donde hombres encorbatados se abrazaban borrachos a plena luz del día y de vez en cuando alguna botella de aguardiente se deslizaba de la mesa y se estrellaba contra el piso. Ahora es ella quien lidera, imitando la voz grave de Sarita Montiel... *Fumando espero al hombre a quien yo quiero, tras los*

*cristales de alegres ventanales...* Un mesero alto y delgado aparece y las hace avergonzarse de su repentino ímpetu musical. Se callan y las hilachas de la canción se desperdigan con rapidez en su cabeza, briznas de papel quemado... *Mientras fumo mi vida no consumo porque flotando el humo me suele adormecer.* Amparo le pide al hombre un café con leche y luego estira la mano para tocar con suavidad el borde de su minifalda roja. Por la mueca que hace el viejo de la esquina, ¿haitiano?, ¿venezolano?, ¿colombiano como ellas?, parece envidiarla. Asiente en señal de que aprueba el terminado. Le cuenta de Alexander's, una tienda por departamentos que descubrió la semana pasada en Manhattan. Tenemos que pasar por allá juntas, le dice temiendo ir muy lejos. Su amiga sonrío sin una pizca de amargura y le dice sí, un día de estos, cuando tenga con qué. Aquí soy pobre, pero yo no nací pobre, que quede claro, suele repetirle en los casilleros. De rectora de un colegio para señoritas a operaria. Con casa propia en Colombia para sus hermanos menores y pagando arriendo en un edificio medio caído por La Guardia, donde cada cinco minutos se oye un avión aterrizar y tiemblan los cristales. Ella también es operaria, trabajan codo a codo, y a pesar de eso la palabra pobreza no se le pasa por la mente. Será porque todo es una aventura y Nueva York aún no se la lleva por delante. Todavía no. Por ahora solo hay demasiados papeles en las aceras. Están lejos el apagón, los nidos de ratas, los edificios quemados y la epidemia sexual. Y en todo caso, que su madre viva en una casona con cuatro empleadas y un montón de porcelanas de Meissen y que ella trabaje de operaria en los laboratorios fotográficos de AGFA ¿en qué la convierte exactamente? No lo sabe.